

–El Hedonismo–

–Ideas principales–

Se llama Hedonismo a la tendencia consistente en considerar que el placer es un bien.

Su origen se sitúa en la palabra griega *hedoné*, ἡδονή, que se traduce por placer. Para algunos autores, el placer significaba algunas de las sensaciones de alguno de los sentidos. En esa época, era muy frecuente que el placer se entendiera sólo por el placer corporal, sin necesidad de indicarlo expresamente. En la época de los sofistas era frecuente pensar que el placer se conseguía por la armonía o la buena disposición de los distintos elementos del cuerpo. Se sentía placer cuando se estaba lleno, en el sentido corporal, cuando se estaba bien provisto; lo contrario, originaba un vacío, que originaba el deseo, que al cumplirse, conseguía el placer.

En muchos casos se ha creído que el placer es el mayor bien, o se ha identificado placer con bien. El bien en cuestión ha sido en muchos casos un bienestar, en el sentido literal de este término. Ha habido muchas discusiones sobre el significado, propuestos y formas del hedonismo.

Sin embargo, como ha habido muchas maneras de entender el placer ha habido muchas formas de hedonismo. El hedonismo más radical sostiene que todos los placeres deben ser satisfechos sin que se les ponga ninguna restricción, mientras que el hedonismo moderado afirma que la actividad de placeres debe ser moderada, para que así aumente el placer. Puesto que gran parte de las disputas sobre el significado de placer y sobre la justificación de buscarlo han tenido lugar en el terreno moral, se ha considerado que el hedonismo es una tendencia en filosofía moral, en la ética.

–Los defensoras del Hedonismo–

Como se ha dicho antes, los diferentes significados que se le ha dado a la palabra placer, han hecho aparecer multitud de hedonismos, caracterizados por las evidentes diferencias entre los diferentes pensadores y escuelas hedonistas. A lo largo de la historia, se ha considerado que han adoptado una moral hedonista los cirenaicos, los epicúreos antiguos, los neo-epicúreos (Gassendi, Valla, etc.), los materialistas franceses del S. XVIII (La Mettrie, Holbach, Helvecio etc.) y los utilitarios ingleses (sobre todo Bentham). También se suele incluir entre los filósofos hedonistas a Spinoza y a Hobbes.

–Los Cirenaicos–

Los cirenaicos, que fueron de los primeros hedonistas, consideraban que el placer era el bien y el dolor era el mal, por eso el hombre debe buscar el primero para evitar el segundo. En cuanto al placer, los cirenaicos prefieren el placer de los sentidos, el placer material, pero sin dejar de lado el placer espiritual, como complemento del anterior. Contra los cirenaicos se echó en cara que los placeres pueden producir, además, dolores; pero a esto se respondió que el objetivo del hedonista es buscar placeres de tal forma que eviten los posibles dolores venideros. También se utilizó en contra de los cirenaicos que el hedonismo puede ser egoísta, ya que el placer de unos puede ser el dolor de otros. Por eso, los cirenaicos intentaron llegar a una doctrina no egoísta de los placeres, pero no la desarrollaron consecuentemente.

–Los Epicúreos antiguos–

En esta escuela filosófica, de la que más tarde se hablará más extensamente, se destacó la importancia de los placeres moderados, que serán los únicos que permitan la desaparición de los dolores, además de una participación en los placeres, mediante una comunidad de amigos, como fue esta escuela. Los placeres aparecen como menos sensibles en los epicúreos que en los cirenaicos, por ejemplo, una conversación entre

amigos era considerada por los epicúreos como un placer que podía buscarse sin incurrir en dolor.

–Los Neo–Epicúreos–

Los neo–epicúreos surgen durante la edad moderna, cuando las escuelas filosóficas helenísticorromanas vuelven a surgir, junto con el platonismo y el aristotelismo. En esta época, el Epicureísmo fue cultivado por Lorenzo Valla (1505 – 1557) y por Antonio Gassendi, que fue uno de los anticartesianos, que fue, a su vez, el creador las quintas objeciones en contra del cartesianismo y racionalismo de Descartes.

–Los Materialistas Franceses del S. XVIII–

El materialismo es la segunda línea de la filosofía de la naturaleza, basada en la concepción hedonista. Sus máximos representantes son La Mettrie, Holbach y Helvecio.

La Mettrie se basa en la física hedonista, que a su vez se basaba en el atomismo de Demócrito, por eso, La Mettrie afirma que el hombre es un trozo de materia. En esta época se dice que la materia tiene una propiedad principal, la extensión, término que había sido introducido por Descartes. Esta propiedad era una propiedad pasiva, y durante el S. XVIII se añade una nueva propiedad, en este caso, activa, como es la atracción. A estas dos características, La Mettrie añadió un nuevo concepto, el de la sensibilidad.

Holbach afirma que el hombre es hombre gracias a la naturaleza, ya que sólo existe en ella, y que éste debe someterse a sus leyes y que no puede apartarse de ella ni siquiera con el pensamiento. Por eso, afirma que no existe nada más que la Naturaleza y sus creaciones, que no hay ningún ser superior a la Naturaleza.

Helvecio fue el que se preocupó por la parte espiritual, porque, si todo estaba constituido por materia, ¿cómo se explicaban las existencias del alma y del espíritu? Helvecio dice que al alma deriva de la naturaleza, y el espíritu de la educación, y por eso, el espíritu es una cualidad adquirida por el hombre.

–Los Utilitarios Ingleses–

Como se ha dicho antes, el hedonismo era tachado de egoísta, y fueron los utilitarios ingleses los que se dedicaron a su estudio, entre otros, Bentham, Mill y Spencer.

Según Bentham, los placeres son diferentes dependiendo de qué o quién los produzca. Por eso, clasifica los placeres en catorce clases: de los sentidos, riquezas, habilidad, amistad, buen nombre, poder, piedad, benevolencia, malevolencia, memoria, imaginación, expectación, asociación y alivio. Entre estos, los hay que se basan exclusivamente en aumentar la felicidad del prójimo, por lo que entierra el carácter egoísta del hedonismo, por lo que un buen hedonismo exige un cálculo de placeres.

Un tipo de hedonismo altruista era de Mill, para quién la frase cristiana ama al prójimo como a ti mismo es un síntoma de una moral hedonista.

En cuanto a Spencer, combinó una moral hedonista con una doctrina evolucionista, intentando demostrar que ésta última constituye la base científica de la primera.

–Ideas en contra del Hedonismo–

El hedonismo a tenido muchos enemigos a lo largo de la historia. Por muy diversos motivos, Platón, muchos filósofos cristianos, especialmente los de tendencia ascética, Kant, etc.. En general, el hedonismo se ha visto muy criticado, y en algunos casos, menospreciado. Un argumento común en contra del hedonismo es que en verdad no se desea el placer, sino que se desea el objeto que lo proporciona. Pero puede decirse en su defensa, que si se busca este objeto, es porque proporciona placer, o se espera que lo proporcione.

Otras críticas al hedonismo han sido producidas desde una moral muy distinta. Así, por ejemplo, Kant critica el hedonismo por tacharlo como una moral material, y ninguna de estas morales puede proporcionar una completa seguridad sobre los conceptos morales fundamentales, como lo haría una moral formal. También se ha criticado al hedonismo desde el punto de vista de la moral de los valores, según la cuál, el hedonismo no es eliminado en todas las ocasiones, el problema es que el placer se considera un valor de naturaleza inferior, que puede y debe subordinarse a otros valores. Otra crítica, parecida a la anterior es la formulada por quienes distinguen entre dos tipos de deseo, el inferior o sensitivo y el superior o racional. Hacia esto, los hedonistas, sobre todo los epicúreos, dicen que el simple echo de buscar el placer ya es una característica racional, una facultad superior.

–El Epicureísmo–

–Ideas Principales–

El epicureísmo fue una doctrina filosófica fundada por Epicuro de Samos en el año 306 a. de C. en el jardín de su propia casa, por lo que recibe también el nombre de Escuela del Jardín. El epicureísmo defiende una teoría empirista del conocimiento cuyo elemento básico es la sensación, y una concepción materialista del universo que parte del atomismo de Demócrito. Para negar el determinismo estoico y justificar la existencia de la libertad, el epicureísmo introduce la idea de que los átomos se desvían, por azar, de su trayectoria rectilínea inicial. En su aspecto ético, el epicureísmo sostiene la teoría hedonista de que el bien moral es el placer, y que la felicidad se alcanza con la ataraxia (paz interior) o equilibrio de placeres materiales y espirituales. El epicureísmo, sin negar la existencia de los dioses, no admite su intervención en el mundo ni en el destino de los hombres. Respecto a la muerte, el hombre, al que niega la inmortalidad, debe mostrar su indiferencia, ya que es la consunción natural de su propio destino. Fue una teoría crítica respecto de su época, ya que condenaba el terror al destino, a la muerte y a los dioses. Esa doctrina se extendió por diferentes lugares, especialmente por el Imperio romano a través de las comunidades basadas en la *amistad epicúrea* y de maestros aislados, de entre los que destaca Lucrecio Caro, autor del poema *De rerum natura*, que representa la versión romana de esta filosofía griega.

La autoridad de Epicuro sobre sus discípulos era muy grande. Como las demás escuelas, el Epicureísmo constituía una asociación de carácter religioso; pero la divinidad a la que estaba dedicada esta asociación era el fundador mismo de la escuela. Las grandes almas epicúreas no las formó la doctrina, sino la asidua compañía de Epicuro. Tanto durante su vida como después de su muerte, los discípulos y los amigos le tributaron honores casi divinos y procuraron modelar su conducta sobre su ejemplo. El precepto fundamental de la escuela era, *Obra siempre como si Epicuro te viera*

El epicureísmo ve en la filosofía el camino para lograr la felicidad entendida como liberación de las pasiones. Así, pues, el valor de la filosofía es puramente instrumental: su fin es la felicidad. Mediante la filosofía, el hombre se libra de todo deseo inquieto y molesto; también se libra de las opiniones irrazonables y banales, y de las turbaciones procedentes de ellas. La investigación científica, encaminada a investigar las causas del mundo natural, no posee otro fin. Si no estuviéramos turbados por la idea de las cosas celestes y de la muerte y por no conocer los límites de los dolores y de los deseos, no necesitaríamos la ciencia de la naturaleza. Todo el valor de la filosofía reside, pues, en dar al hombre un el cuádruple remedio:

–El primero es el liberar a los hombres del temor de los dioses, demostrando que por su naturaleza feliz no se ocupan de los asuntos humanos.

–El segundo, el librar a los hombres del temor a la muerte, demostrando que no es nada para el hombre: Cuando existimos nosotros la muerte no existe, cuando existe la muerte no existimos nosotros

–El tercer remedio es el demostrar la accesibilidad del límite del placer, es decir, el fácil logro del placer mismo.

–Y por último, el cuarto de los remedios, el consistente en demostrar la lejanía del límite del mal, es decir, la brevedad y la provisionalidad del dolor.

El epicureísmo distinguió tres partes en la filosofía: la canónica, la física y la ética. Pero la canónica se concebía en relación tan estrecha con la física que puede decirse que las partes de la filosofía eran para el epicureísmo solamente dos: la física y la ética, de los que ahora se hablará.

–La física: Toda la filosofía de epicúrea está basada en la física. Como ya se ha dicho, el epicureísmo reproduce la doctrina atomista de Demócrito. Los cuerpos están constituidos por dos principios reales: los átomos y el vacío. Los átomos son infinitos, todos iguales en calidad y diferentes en figura y peso. Sólo hay un punto en el que Epicuro difiere de la teoría de Demócrito, el punto en el que Epicuro habla de que los movimientos de los átomos son debidos al azar, y no regidos por los dioses, como afirmaba Demócrito, ya que, el alma humana goza de libertad. A causa de esta discrepancia tiene que dar los átomos una nueva cualidad, la capacidad de modificar la línea recta que es su trayectoria. A esta característica la llamó *clinamen*, y por medio de ella explicaba las casualidades de los acontecimientos en el cosmos, que las gentes atribuían a los dioses. Además, esta teoría sirve como explicación del origen del cosmos.

Según Epicuro, no hay nada después de la muerte, por esto no debemos temerla, y menos creer en póstumos tormentos. Él imagina que los dioses griegos viven en el espacio estelar, virtuosos e indiferentes a nosotros. Son tan serenos que casi no existen. No nos oyen ni nos gobiernan; entonces, es absurdo temerlos o implorarles favores. Sin conexión en las alturas, se acaba también el celestial oficio de los sacerdotes.

De tal manera, los seres humanos estamos solos ante nosotros mismos, y moralmente seremos

lo que queramos ser. Necesitar un policía divino para portarse bien, es prolongar la infancia, porque los que no requieren de un dios para ser virtuosos son la desesperación de los creyentes. Además, de esta forma, Epicuro resuelve el problema del silencio de dios, que tanta teología y existencialismo doliente ha producido.

–La ética: la base de su ética es la afirmación de que el bien es el placer y el dolor es el mal. Para Epicuro la presencia del placer es sinónimo de ausencia de dolor, o de cualquier tipo de aflicción. Para ayudar a la especie humana a escoger sabiamente sus placeres, sabemos que Epicuro escribió un libro titulado *Sobre opción y abstinencia*, pero este manuscrito no ha llegado a nosotros. Afortunadamente, sí contamos con otros trabajos suyos (junto con los comentarios de otros seguidores del epicureísmo a través de la historia), suficientes para capacitarnos en la reconstrucción de sus buenos consejos. Una máxima que ha llegado hasta nosotros, tomada de las *Doctrinas Principales* es la clasificación de los placeres en naturales y necesarios, naturales y no necesarios, y ni naturales ni necesarios. Nuestra disposición hacia cada uno de estos casos determina si estamos aptos para intensificar o minar nuestra felicidad a través del tiempo.

–La clase de los deseos "naturales y necesarios" es la de aquellas ansias que necesariamente conducen a mayores penas si no son satisfechas; sin embargo, en circunstancias normales, ellas pueden ser satisfechas de manera más bien fácil. Estas incluyen nuestras necesidades físicas básicas, la principal entre ellas está la alimentación. A este respecto, Epicuro escribió su epigrama de mayor notoriedad: "la felicidad comienza en el estómago", un dicho que originó una imagen de Epicuro históricamente imprecisa. La salud, el abrigo y el sentido de seguridad también pertenecen a esta categoría.

–La clase de deseos "naturales e innecesarios" son aquellas ansias que no necesariamente conducen a mayor sufrimiento si no son satisfechas, aunque, una vez más, su satisfacción pudiera obtenerse fácilmente. Estos apetitos son aquellos de naturaleza recreativa: la gratificación sexual, la conversación placentera, las artes, los deportes, los viajes, etc.

–Finalmente, la clase de deseos "innaturales e innecesarios" corresponden a aquellas ansias que no necesariamente conducen a un mayor sufrimiento de no ser satisfechas, antes bien se materializan al precio de

una carga permanente, tal es el caso de la fama, el poder político, la riqueza extraordinaria y otras ambiciones que conllevan los atavíos del prestigio.

Al tratar con cada una de las clases de deseos, Epicuro recomienda las siguientes estrategias:

1. Deberíamos intentar satisfacer los deseos necesarios de la forma más económica posible. Así, una dieta predominantemente simple y nutritiva satisfará el hambre y la salud, una morada modesta puede adecuadamente proveer bienestar físico, y las buenas amistades mucho servirán para ayudarse mutuamente en tiempos de infortunio. El estudio de la naturaleza del universo, de forma tal que podamos confiadamente rechazar los absurdos de las supersticiones, es también esencial para mejorar nuestro sentido de seguridad.

2. Nuestra eficiencia al enfrentar lo anterior nos da más libertad y recursos para explorar la gran variedad de deseos "naturales e innecesarios". Podemos perseguir esto hasta la satisfacción de nuestro corazón, es decir, hasta el punto del placer máximo. Ante tal coyuntura lo mejor es desviar nuestra atención hacia algún otro deseo en esta abundante categoría a fin de no admitir que nuestros placeres se mezclen con las perspectivas de un sufrimiento futuro.

3. Finalmente, llegamos a los deseos "innaturales e innecesarios", para los cuales el consejo de Epicuro es inequívoco: deberíamos evitarlos por completo. El placer producido por la satisfacción de deseos innaturales es demasiado efímero para ser digno de nuestra persecución cuando se les compara con el largo alcance de los respectivos costos. El poder político atrae a usurpadores y asesinos; la riqueza opulenta atrae a ladrones y políticos (o a los recolectores de impuestos). No es novedad alguna que una máxima epicúrea sentencie: "¡Vive en el anonimato!".

El mensaje epicúreo, sin embargo, con su enfoque sobre el placer como base natural de la moralidad, tiene más fuerza para resistir. Cuando un epicúreo contempla el placer lo hace ponderando más ampliamente el cómo lograr que éste se maximice. Él puede abstenerse de ciertos placeres, pero actúa así para ganar aún más placer en el futuro, de manera alguna para desechar el placer en sí mismo.

En el antiguo mundo del Mediterráneo, la filosofía epicúrea ganó un sinnúmero de adherentes. Fue una escuela de pensamiento muy prominente por un lapso de siete siglos después de la muerte de Epicuro, pero, subsiguientemente, fue forzada a una virtual inexistencia ante la violenta embestida de la Edad Media. Fue durante ese sombrío período de la historia cuando la especie humana desacreditó, perdió y destruyó la mayor parte de los escritos de Epicuro.

–Epicuro de Samos–

(341 – 270 a. de C.)

Filósofo griego, aclamado como el principal filósofo hedonista. (Samos, h. 341 – Atenas, h. 270 a. de C.). Fue hijo de Neocles, nació en Enero o Febrero del año 341 a. de C., en Samos, donde transcurrió su juventud. Empezó a interesarse por la filosofía a los catorce años de edad. Conocedor de la filosofía platónica, aristotélica y de los jonios, gracias a sus estudios con el platónico Pánfilo, y luego con un discípulo de Demócrito, Nausífonos. Fue este último el que le enseñó la doctrina de Demócrito, del que, por algún tiempo, se consideró discípulo; después afirmó la completa independencia de doctrina con respecto a la de su inspirador, al que más tarde designó con el nombre de Lerocrito (parlanchín).

A los dieciocho años, Epicuro se fue a Atenas. No ha quedado demostrado que haya asistido a las lecciones de Aristóteles y de Jenócrates, que por aquel tiempo era jefe de la Academia. A los treinta y dos años inició sus actividades como maestro, primero en Mitilene y en Lampsaco (307–306 a. de C.), y años más tarde, en

Atenas, donde permaneció hasta su muerte (271–270 a. de C.)

En el año 306 a. de C. Fundó el Jardín, que se convirtió en algo más que una escuela, por la amistad de sus miembros y la búsqueda de una vida feliz en una comunidad abierta. Fue la única escuela griega que admitió a esclavos y a mujeres porque, para el maestro, todos los seres humanos son iguales mientras practiquen la virtud. Epicuro enseñó a despreciar la riqueza, la fama, el poder y toda forma de dominio sobre los demás. Nadie ha nacido para gobernar, y nadie necesita poseer más cosas que otros. Muertas las angustias del infierno, la política (otro infierno), el dinero y la gloria, nacerá una sociedad perfecta.

Su filosofía comprende tres campos de investigación: la canónica, la física y la ética. Epicuro se opuso a las concepciones fundamentales de los estoicos, platónicos y peripatéticos, y su doctrina viene a ser como una derivación de la cirenaica. En realidad Epicuro nos invita a una filosofía que acabe con los terrores infundidos por las religiones y la muerte, y que haga, de los humanos, seres poderosos ante la adversidad y satisfechos con la sencillez.

Epicuro abogaba por una vida de continuo placer como clave para la felicidad (el objetivo de sus enseñanzas morales). Su gran perspicacia para satisfacer este fin consistía en identificar el límite de nuestra habilidad para experimentar el placer en cualquier momento. Él estipuló que a partir de un determinado nivel máximo no es posible que el placer tenga un incremento de intensidad, aunque es probable que las sensaciones que sostienen este dichoso pináculo del placer varíen continuamente. Él denominó a esta experiencia punta como *ataraxia* (palabra griega que significa "imperturbabilidad").

Fue autor de numerosos escritos, alrededor de trescientos, de los que sólo nos quedan sólo tres *Epístolas*, conservadas por Diógenes Laercio: la primera, dirigida a Herodoto, que es una breve exposición de física; la segunda, a Meneceo, que es de contenido ético; y la tercera, a Pitocles, de dudosa atribución, que trata de cuestiones meteorológicas. También se conservan el manual de *Principales doctrinas*, las *Máximas capitales* y su *Testamento*, además de una serie de ochenta aforismos que pertenecen a su obra *Sobre la naturaleza*, descubiertos más tarde en un manuscrito del archivo del Vaticano en 1822, llamados *Sententiae Vaticanae*.

–Otros filósofos del Epicureísmo–

–Los discípulos de Epicuro–

La escuela de Epicuro contó con numerosísimos discípulos, pero, sin embargo, ningún de ellos trajo una original aportación a la doctrina del maestro. Epicuro exigía a sus discípulos la estricta observancia de sus enseñanzas, por eso, la escuela epicúrea se mantuvo fiel durante todo el tiempo de su duración (que fue larguísima, hasta el S. IV d. de C.). Sus discípulos más importantes, por medio de los cuales nos ha llegado alguna noticia del epicureísmo han sido: Polieno, Leonteo, Colotes, Idomeneo, Hermaco, Metrodoro de Lampsaco, que fue el más notable de sus discípulos, cuyos escritos fueron en su mayor parte de contenido polémico; también se han encontrado algunos fragmentos de Filodemo, contemporáneo de Cicerón, los cuales se refieren a muchos problemas tratados desde el punto de vista epicúreo y nos presentan la polémica que se desarrollaba entonces en el interior mismo de la escuela epicúrea, y entre ella y las demás escuelas. Pero los amigos y los discípulos de Epicuro se contaron en gran número, y entre ellos no faltaron mujeres, como Temistia y la hetaira Leontina, que escribió contra Teofrasto. En efecto, también las mujeres podían pertenecer a la escuela, ya que se fundaba en la solidaridad y la amistad de sus miembros; y las amistades epicúreas se hicieron famosas en todo el mundo antiguo por su nobleza. También se pueden ver influencias del epicureísmo en los poetas romanos Virgilio, Horacio, Ovidio, y, especialmente en Lucrecio.

–Publio Virgilio Marón (70, 19 a. de c.), que estudió en Roma con Epidio y en Nápoles con el epicúreo Sirón, compuso sus *Bucólicas*, publicadas nueve de ellas en el 39 a. de C. Entre el 37 y el 29 a. de C. Escribió su siguiente obra, las *Geórgicas*, que es un poema didáctico en cuatro libros, dedicados a los cultivos, plantaciones de árboles, ganados y apicultura. En los restantes diez años de su vida compuso *La Eneida* en

doce libros con el fin de ser el poema épico nacional romano.

–Quinto Horacio Flaco (Venosa, Apulia, 8–12–65 – Roma, 22–11–19 a. de C.). Recibió una educación en Roma y Atenas, a pesar de ser hijo de un esclavo, intervino en la batalla de Filipos y perdió todos sus bienes al ser derrotado. En esta época comenzaron sus primeras composiciones (*Sátiras* y *Épodos*, 30–35 a. de C.), que le valieron la amistad de Virgilio. Horacio es el cantor de la *dorada mediocridad*, de la vida sencilla y sosegada del campo, esto lo expresa su obra *Beatus Ille*. Su producción se completa con las *Odas* que él denomina *Carmina* en las que, al estilo de los poetas griegos epicúreos analiza las cuestiones vitales con gran agudeza intelectual. La obra de Horacio fue muy traducida e imitada en el Renacimiento. Algunas de sus obras fueron versioneadas por Fray Luis de León.

–Publio Ovidio Naso (Sulmona, 20–3–43 a. de C. – Tomes, hoy Constanta, 17 ó 18 d. de C.). Asistió a clases de retórica en Roma y realizó el viaje de estudios a Grecia y a Egipto. Abandonó la carrera de funcionario atraído por la poesía. Sus primeras elegías eróticas (*Los amores*) y las epístolas ficticias de las *Heroidas* imitan las de Tibulo y Propertio. Fue desterrado por Augusto a Tomes, allí compuso las *Tristes* y las *Pónticas*.

–Tito Lucrecio Caro, hace una magnífica exposición del epicureísmo en el mayor poema filosófico de la historia, *De rerum natura*. La parte dedicada a la exposición de la ética epicúrea, que, sin duda, figuraba en el poema, se ha perdido. Lucrecio canta y defiende la teoría de los átomos y el vacío como los constituyentes del todo real. Además, fiel a las preocupaciones de Epicuro de supeditar todas las ciencias a la ética, y cuando estas tratan de física suele dar explicaciones con frecuencia contrapuestas de un mismo fenómeno de la naturaleza, así, los discípulos pueden escoger la que más les plazca. Las noticias de su vida son prácticamente inexistentes. Probablemente nació en el 94 a. de C. y murió en el 51 a. de C. La noticia de que estaba loco (que nos ha llegado por mediación de los escritores cristianos) y de que escribió su poema en los intervalos de su locura, puede ser una invención debida a la exigencia polémica de desacreditar al mayor representante latino del ateísmo epicúreo; en todo caso, resulta poco verosímil, dada la causa a que se atribuye la locura del poeta: un filtro amoroso. Los seis libros de la única obra de Lucrecio, *Sobre la Naturaleza* (*De rerum natura*), se dividen en tres partes, respectivamente dedicadas a la metafísica, a la antropología y a la cosmología, cada una de las cuales comprende dos libros. En el primero y en el segundo libro se trata de los principios de toda la realidad, de la materia, del espacio y de la constitución de los cuerpos sensibles. En el tercero y cuarto se trata del hombre. En el quinto y sexto, del Universo y de los fenómenos físicos más importantes. Editó la obra Cicerón, quien tuvo que reordenarla un tanto, después de la muerte de Lucrecio. Este veía en Epicuro al que libró a los hombres del temor a lo sobrenatural y a la muerte. Lucrecio consideraba tan grande esta tarea, que no vaciló en ensalzar a Epicuro como una divinidad y en considerarle como el fundador de la verdadera sabiduría. Este es un fragmento de su poema *De rerum natura*, traducido por Francisco de Quevedo:

Murió el mismo Epicuro, fenecido

el curso de su vida, el que en ingenio

todo el género humano aventajaba;

como el Sol celestial a las estrellas,

a todos los demás oscurecía.

–Otro filósofo de ideas epicúreas fue Diógenes de Enoanda (Asia Menor), del S. II d. de C. de quien se ha hallado en el año 1884 un escrito esculpido en bloques de piedra. Estas inscripciones revelan una doctrina conforme con la original de Epicuro; su única novedad es la defensa del epicureísmo contra otras corrientes filosóficas, especialmente contra los diálogos platónicos de Aristóteles.

–Conclusiones finales–

Durante muchos años, la Escuela del Jardín fue una utopía, de la que salieron generaciones de filósofos. Fue la única escuela que admitió a esclavos y a mujeres.

Epicuro enseñó a despreciar la riqueza, la fama, el poder y toda forma de dominio sobre los demás. Nadie ha nacido para gobernar, y nadie necesita poseer más cosas que otros. Muertas las angustias del infierno, la política (otro infierno), el dinero y la gloria, nacerá una sociedad perfecta.

Ahora bien, conformarse con lo suficiente es fácil si nadie posee de más; de lo contrario, es de tontos. La trampa de las filosofías de la moderación está en hacer que las aprendan primero los pobres.

En realidad, la de Epicuro es una filosofía orientada a la resistencia. Es una receta magnífica para después de una derrota y para cuando no se ve una forma de vencer. Así, por ejemplo, el epicureísmo es un anillo de oro digno de las manos que lucharon por un mundo más justo, y perdieron.

De esa aventura quedan los amigos (que son los recuerdos en persona), y la pasión por aprender. Cuando se ha perdido la esperanza de un mundo mejor, para no caerse, la vida necesita apoyarse en la amistad.

Séneca.

Séneca

Epicuro de Samos (*Máximas capitales*).

Epicuro de Samos (*Epístola a Meneceo*).

Epicuro de Samos